

*Elite Flaca***Caballadas de Ayer y hoy**

POR LORENZO MEYER

UNA frase certera puede valer lo que todo un tratado. Por lo que a la vida política se refiere, nosotros contamos con varias. Se trata, en general, de frases despiadadas, brutales, que con una gran economía de palabras desnudan y definen al sistema. Lo paradójico es que afirmaciones tales como: "no hay general que resista un cañonazo de cincuenta mil pesos", "vivir fuera del presupuesto es vivir en el error" o "en política, como en fotografía, el que se mueve no sale", no surgieron como acusaciones de los enemigos del régimen, sino como quintaesencia de la experiencia de quienes "han vivido en el monstruo y le conocen las entrañas". A confesión de parte, relevo de pruebas.

★

EL ex gobernador de Guerrero, ingeniero Rubén Figueroa, es el autor de una de las últimas adiciones a esta serie de cápsulas de sabiduría política mexicana. Todos recordamos la conclusión a que llegó el político guerrerense al examinar un gabinete del cual habría de salir el candidato del partido oficial a la Presidencia de la República: "La caballada está flaca". Resultó una verdad tan grande como un templo.

Salvo notables excepciones, la mediocridad es lo que caracteriza a los gabinetes y gobernadores recientes —la caballada estaba flaca desde antes de que el ingeniero nos lo hiciera notar, y sigue flaca— y esto no puede ser un accidente, puesto que se

repite de manera sistemática, sino resultado de factores estructurales. Y aquí conviene que haga una aclaración, la pobreza de los tiempos que corren no se refiere a la capacidad personal de sus miembros. Creo que como abogados, ingenieros, médicos, economistas, politólogos,

etcétera, son, en general, muy capaces. El problema está en su actuación no como expertos sino como líderes, como dirigentes que pueden no sólo identificarse con las aspiraciones de los gobernados, sino transformarlas —elevándolas— para terminar logrando la identificación de los gobernados —al menos de una parte sustantiva de ellos— con el discurso y las acciones de sus dirigentes. Hace tiempo, demasiado, que en México no tenemos esta clase de políticos.

En mi opinión, una de las razones de la ausencia de verdaderos estadistas en los puestos de mayor responsabilidad, se debe a la forma de reclutamiento de la élite. Cuando nuestro régimen era joven —cuando la Revolución realmente estaba viva— la selección del liderazgo era brutal pero efectiva, funcional. Hasta fines de los años treinta y principios de los cuarenta, muchos gobernadores, jefes del partido, ministros y todos los presidentes habían confrontado y triunfado en situaciones límite, donde la vida les iba de por medio. Con esto no quiero decir que esta sea la única ni mejor manera de selección política —el darwinismo es reprobable moralmente—, pero no hay duda que nuestros dirigentes de entonces conocían de cerca, aunque sin mucha teoría, la naturaleza íntima del poder político, así como de la sociedad que lo generaba, por eso crearon el sistema más estable de América Latina.

LA lucha violenta no es la única manera de probar y dar temple a las élites dirigentes. Hay formas más civilizadas, pero su efectividad varía. Una de estas es la que tenemos en México a partir de la posrevolución: la lucha entre camarillas burocráticas, en los corredores de Palacio, lejos de la vista del ciudadano común y corriente, y donde el Gran Arbitro es el presidente en turno. Otra forma, que es ajena a la experiencia mexicana, es la que se da en los sistemas políticos realmente abiertos, en donde la lucha por gobernar se hace tanto dentro como entre los partidos. Obviamente que en

este último caso también hay escaramuzas en la obs-

curidad de los corredores del poder, pero el combate decisivo tiene que hacerse

a la luz del día, pues el triunfo depende no de la voluntad de un solo individuo sino que requiere ganar realmente los votos, negociar con un sinnúmero de intereses y, sobre todo, conocer al pueblo que se pretende gobernar, para convencerle.

No hay duda que ambos tipos de lucha ponen a prueba al individuo, y que sólo los más aptos sobreviven. Pero el fracaso repetido e ininterrumpido como dirigentes nacionales de quienes han gobernado a México desde mediados de los años sesenta, muestra que el tipo de habilidades que han permitido a un grupo de mexicanos llegar a las gubernaturas, al gabinete y a la presidencia, no son las que se necesitan para desempeñar el difícil papel de líderes de un pueblo numeroso, abrumado por la desigualdad, descreído y extremadamente vulnerable a las presiones externas.

Ha llegado la hora —quizá hasta se pasó— de que el sistema diseñe un nuevo sistema de reclutamiento de sus altos cuadros dirigentes. Lo difícil —y peligroso— de la época de vacas flacas que vivimos requiere que la caballada no sólo esté gorda sino que tenga brios, buena estampa y no tenga malas mañas. Mi falta de imaginación me lleva a sugerir que la mejor manera de asegurar que quienes lleguen al poder no sean meros administradores sino líderes políticos verdaderas, e incluso estadistas, sería, desde luego, permitir la competencia política democrática, pero esto parece imposible. Por tanto, si a alguien se le ocurre otra forma, que nos lo deje saber, pero rápido, pues ¡la caballada está flaca —léanse sus últimos discursos— y 1988 está cerca!